

rios: en las sierras y campos les hacian ermitas y templos segun las cosas que les atribuian; y á los principales en ciudades, como los antiguos á Júpiter, á Juno, á Vesta, porque los tenian por tutores de la ciudad, y fueron tantos los que los mexicanos tenian, que dice el P. Torquemada, que en cuatrocientas leguas de aquí á Nicaragua, eran mas de cuarenta mil templos, y solamente en México pasaban de trescientos: el mas suntuoso fué el de su dios Marte Huitzilopochtli, de que daré la noticia en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Del magnífico templo mexicano á Huitzilopochtli dedicado.

24. Gasta el reverendo padre Torquemada seis capítulos refiriendo las grandezas de este templo, y pone cada uno de los menores por su nombre, y las capillas y salas con los dioses á quienes se dedicaban; pero como ya no subsista nada de lo que refiere, en breve suma diré lo que contiene. Fué dos veces edificado: la primera, al principio de la fundacion de la ciudad, fué menor; pero creciendo la monarquía de los mexicanos, con la suntuosidad del edificio quisieron dar á entender las fuerzas de su poderío. Grandes encarecimientos son los que del templo de Juno dijo Valerio Máximo: aquel, fundado en la Ciudad Sacra (que se llamaba Ede-sa), donde reinaba Abagaro, que escribió á Cristo, Señor nuestro, una carta y mereció respuesta de ella, y su retrato: el de Efeso, dedicado á Diana; y el de Busiris, que dicen bogaaba mil y seiscientos y veintiocho pasos. El mexicano bogaaba tres mil

pasos: el cuadro del templo cogia tanto circuito, que incluía su hueco todo el suelo en que ahora está edificada la iglesia mayor, casas del marqués del Valle y arzobispales, con mucha parte de lo que ahora es plaza, que el que lo hubiere visto puede ponderar la distancia del sitio. Era todo cercado de piedra de mampostería, de estado y medio de alto, con almenas blanqueadas: el suelo era todo de losas de piedra lisas. De este patio salían cuatro puertas que salían á cuatro calles principales: las tres, que vienen por sus tres calzadas, por donde se entra en la ciudad que hoy se llaman calzada de San Anton, calzada de Tacuba y calzada de nuestra Señora de Guadalupe; la otra, que le caía á las espaldas, que va á dar á la laguna de Tezcoco, con una calle llena de cal y piedra maciza.

25. En medio de este cuadro estaba el templo, á manera de torre cuadrada. De esquina á esquina tenía trescientos y sesenta piés. Era de hechura piramidal, porque conforme se iba subiendo, se iba estrechando el edificio, haciendo á trechos relejes que le hermoseaban. Por la parte del Oriente tenía una plaza de sesenta piés, donde estaban dos altares de á cinco palmos de alto en cada esquina, con un espacio en que cabía un hombre, por donde se pudiera andar, con su capilla de madera labrada: sobre éstas otros tres altos de capillas, techadas de madera labrada y las paredes

pintadas, que hacían cincuenta estados de alto, que cada cual podía ser un edificio suntuoso.

26. Por la parte del Occidente no tenía relejes, sino ciento y trece gradas de piedra muy bien labrada, de más de tercia cada grada. Desde la última grada tenía un buen espacio de suelo, donde los sátrapas ejercitaban sus oficios de sacrificar. Por esta parte tenían dos altares con sus capillas labradas, donde estaba la figura del dios Huitzilopochtli: en una, dedicada á él y á sus dos compañeros dioses de la guerra; y en la otra, su figura del mismo, hecha de diversas semillas amasadas con la sangre de los niños sacrificados y de vírgenes sacrificadas: éste era liviano. Antonio de Herrera dice que en este altar de mano izquierda estaba Tezcalicopa; que el templo tenía á estos dioses como hermanos, aunque en la advocación diferentes; porque Tezcalicopa (que era el dios Júpiter) era el dios de la Providencia, y Huitzilopochtli el de la Guerra. Pero el padre Sahagún, que vió, y hizo pintar este templo para enviarle á España, le hace dedicado á solo Huitzilopochtli, que por otro nombre llamaban Mexitli, de donde se denominó México la ciudad. Esto importa poco, que otra capilla le dan á Tezcalipoca, de espejos toda fabricada y muy vistosa, que llamaron tezacalli (casa de espejos). Tenían otros tres altos de capillas sobre sí á cuestras, y varias salas y aposentos que servían unas como de sacristías, otras de moradas de

los tlamacazque, sátrapas y como sacerdotes de los ídolos; porque aquí, despues de las gradas, habia puertas para subir á las salas y techos de este templo.

27. Habia, en el circuito de este templo mayor, otros cuarenta templos menores en la misma hechura y forma que el mayor, con sus cubiertas de diversas formas: unas redondas, otras cuadradas que hacian vistosa labor, con trescientas y sesenta torres que hacian el número de los dias del año, que tenian en cada uno de los templos uno de sus dioses, entre los cuales uno en forma redonda, de boca de serpiente, con ojos y colmillos espantosos. Estos templos menores se diferenciaban del mayor en que no tenian la entrada al Poniente, sino unos al Oriente, otros al Norte y otros al Mediodía; y en todos se hacian sacrificios de hombres, y estaban regados de sangre humana, oscuros y hediondos; que quien obra mal, aborrece la luz.

28. Al pié del templo mayor, junto á las escaleras ó gradas, habia dos altares de fuego, donde de dia y de nocha ardía, que el demonio quiso imitar aquel fuego perpétuo del Levítico, cap. 12, en que ellos ofrecian incienso todas las mañanas, y humeaban todo el dia. Eran los braseros, y altares que acompañaban á estos en el contorno del patio, más de seiscientos, de la estatura de un hombre, cuya forma y hechura era como los cálices con

que ahora celebramos, y cuando todos ardian, la noche parecia dia.

29. Habia sobre el plan, enfrente de la capilla mayor, muy cerca de las gradas, una piedra de una braza de largo y média vara de ancho, y de grueso una tercia, más puntiaguda que llana, donde sacrificaban á los hombres y les sacaban el corazon, en la forma que despues diremos. Habia en medio del patio otra piedra redonda, de una vara de alto y dos de largo, redonda al modo de piedra de molino, con un agujero en medio: en ella solian poner un cautivo de los más valientes; atábanle el medio del cuerpo con una soga, y entrando las puntas por el agujero le dejaban atado, de suerte que pudiese andar por la piedra. Dábanle un pedazo de pino ó piedra; salia luego un soldado con su macana á pelear con él, y era de ver las astucias y cautelas con que se defendia, porque sabia le habian de sacrificar y quedar sin vida: eran fuertes los golpes con que defendía su muerte. El soldado, como se vía á vista del pueblo, hacia esfuerzo para no perder á manos de un cautivo amarrado la vida, porque hubo cautivo que venció á tres soldados estando atado. Finalmente, como el estar atado no le daba lugar á dar los saltos iguales, al primer golpe con que lo aturdia ó derribaba, se apartaba con grande gloria del vencimiento y al punto llevaban al cautivo, y en la piedra de los sacrificios le sacaban el corazon vivo. Esta piedra estuvo en el cementerio

de catedral, en la esquina que cae á las casas del marqués, y en tiempo del duque de Alburquerque se quitó para cimientos.

30. Habia dos fuentes: una del agua de Chapultepec, donde los sátrapas se lavaban de la tizne; y otra que llamaban Toxpalatl, que era un manantial de agua muy clara de que bebían todos, y la tenían en grande veneracion; y por estar cercana al templo llamado Tlacocalco, era á este templo dedicada: ésta se cegó cuando se asoló el templo, con otras albercas; y el año de 582, cavando en la plazuela del Marqués, se descubrió este manantial: sirvió cinco años, y el de 87 la cegaron otra vez: el motivo se ignora, que el padre Torquemada (*lib. 8, cap. 35*) dice que seria por ser reliquia de los pasados idólatras.

31. A cada puerta de las cuatro correspondia una sala, con otros aposentos que estaban llenos de armas; porque los templos, fuera de ser casa de adoracion, eran fortalezas para su defensa: en lo demás que las paredes del templo cercaban, eran corrales de gallinas, y jardines de yerbas y flores para los altares.

32. Lo que mas admiró á nuestros españoles fué un osario ó templo de calaveras, que llamaban Quauhxicalco, hecho de cal y canto, más largo que ancho, en que estaban ingertas entre piedra calaveras con los dientes hácia fuera. Al pié del teatro habia dos torres, hechas de cal y de cabezas, que

ponían espanto y hablaban al espíritu, porque donde quiera que un hombre volvía, topaba con la muerte. En lo alto habia más de sesenta vigas llenas de palos abisagrados donde estaban ensartadas cabezas por las sienes, y éstas eran de cautivos sacrificados; tantas, que contadas por nuestros españoles, dice Herrera que pasaban de ciento y treinta mil, y tenían personas diputadas para que si algunas se caían las volviesen á poner. ¡Piadosa cosa fuera ponerlas donde fueran vistas para que levantaran el espíritu á la consideracion de la muerte, pero era para dar á entender las victorias de sus batallas y el trofeo de sus victorias! Otra capilla tenían grande, donde echaban las cabezas secas de aquellos que voluntariamente se sacrificaban, como osario sacro. Allí se oía á deshora una bocina, que decían ellos que la tocaba el dios Tiztlacahuan (Júpiter), y luego entraba dentro el sacerdote dedicado al culto de aquel lugar, que llamaban Yopochtli, y poniendo incienso en el brasero incensaba el lugar. Otra sala llamaban Tzumpantli, donde tenían cabezas de los sacrificados al templo mayor de su principal dios, por ser de hombres en sacrificio muertos, y creían que iban á hacerle compañía.

33. No solo este templo era, porque en la ciudad, en cada encrucijada de las cabeceras que tenía en cuadro la ciudad, habia templos grandes y chicos en los barrios á modo de ermitas. El padre Torquemada refiere cuarenta con sus torres, y así dice

don Fernando Cortés en la relacion que hizo al emperador Carlos V.—Sunt eo in circuito quadraginta turres altissimae, et bene constructae, et minor inter eas est tantae proceritatis quanta es turris Cathedralis Ecclesiae Hispalensis.—Fuera de éstas, en cada calzada al remete de ellas, fuera de la ciudad, habia un templo, y al remate de la calzada que llaman de San Anton estaba á Huitzilopochtli dedicado; razon por qué se llamó Huitzilopochtli el pueblo que hoy llaman San Mateo Churubusco.

CAPITULO III.

De las rentas, fábrica y servicio de los templos de las Indias Occidentales.

34. Tenian en las ciudades y pueblos de la Nueva España ciertas tierras y pueblos dedicados, cuyos vecinos, como vasallos y terrasgueros de los templos, tributaban vestidos, ornamentos, maíz, vino de maguey, gallinas y todo lo necesario que habian menester los ministros del demonio; y para los templos incienso, que llamaban copalli, toda la leña y carbon para los braseros. En Tezcoco eran quince cabeceras y otros quince pueblos, que seis meses unos acudian al templo y otros al palacio; y solo de leña entraban más de cuatrocientas cargas, fuera de las sementeras que hacian los pueblos reales, porque fuesen con abundancia más que al palacio abastecidos. El templo mayor de México tenia más de cinco mil hombres que le asistian, y en ellos habitaban y dormian en las salas para solicitar y conducir lo necesario. Cuando esto considero, y veo que eran tantos los que se ocupaban en el servicio

de aquellas estatuas detestables, me causa confusión que hoy, siendo el culto al verdadero Dios, lleven tan mal y pongan tantos inconvenientes los católicos el que asistan á los ministros de su Iglesia, algunos que sirven de cantores, sacristanes, y otros pocos oficiales, sustentándolos los ministros y teniendo ellos sus percances y rentas, y siendo estos los que mejor se tratan y que viven en la asistencia de la Iglesia muy contentos, sin reparar en los que asisten á otros ministros tan vejados.

35. Habia gran número de mujeres dedicadas al servicio del templo, para amasar y cocer el pan, que vivian fuera del templo, porque en este ministerio no se ocupaban las doncellas, que estaban como vírgenes vestales en el templo, de que se infiere la estimacion y cuidado con los ministros del templo gentílico, donde se daba solo culto al demonio.

36. Fuera de las rentas y tributos, ofrenda de primicias tres veces al año, luego que nacia las cañas del maíz traían algo de ellas á ofrecerlas al altar. En estando la mazorca en leche, traían de ellas como primicias; despues de la cosecha traían maíz en mayor cantidad, que era como diezmo, y esto lo hacian con toda puntualidad, porque creían que con esto tendrían las cosechas abundantes, y así hoy observan el ofrecer en los altares las primicias.

37. Iban los sacerdotes algunas veces al año á visitar sus pueblos y vasallos, y á saber si recibían

agravios para hacerles justicia, porque eran jueces protectores de los suyos. Hecha la visita se volvían, dejándolos contentos, por lo cual se tenían los pueblos y vasallos por dichosos; y eran de todos estimados, por ser al templo y á su servicio consagrados.

38. Tenían junto de los templos graneros y trojes donde guardar sus semillas; y en las ciudades y pueblos tenían los hospitales, donde curaban los enfermos, que se sustentaban de estas rentas, y lo que sobraba se distribuía á los pobres y necesitados, si bien en el palacio real habia quien cuidara de socorrer á los necesitados y pobres, que en todo tiempo nunca faltan pobres con nosotros.

CAPITULO IV.

De la dedicacion, ornato y riqueza de los templos gentílicos
de las Indias.

39. La idolatría antigua al consagrar sus templos los dedicaba con sacrificios de animales, como lo refieren en sus declaraciones Ciceron y Quintiliano. La Escritura Sagrada refiere que á la dedicacion del Templo de Salomon murieron veintidos mil vacas y novillos, ciento veinte mil ovejas y carneros, y lo mismo hacian cuando traían el Arca del Testamento.

40. Siendo, pues, esto comun en la antigüedad, no se contentó el demonio con que fuesen solos animales, sino que quiso que fuesen hombres, y que con sangre humana celebrasen las fiestas infernales y las sacrílegas dedicaciones, sin que apagase con ella la sed que tiene de la perdicion del linaje humano, que por ella bebe los vientos: llamábase entre ellos la dedicacion ó estrena del templo, Teychalliztli. En la del templo mexicano, como dijimos en los hechos del rey Ahuitzotl, sacrificaron sesenta mil

cautivos, crueldad más que de fieras, y fiesta infernal de los demonios.

41. Adornaban y enramaban los altares y puertas con ramos y flores, haciendo muchas labores de sus hojas; esto mismo se continúa en el cristianismo, que admira ver el cuidado y curiosidad con que en las fiestas adornan las iglesias. En cuanto á la riqueza de los templos, por la abundancia de oro y plata que los hacia grandes, aunque del templo de Diana en Efeso, del de Juno en Siria, del templo de Júpiter, que refiere Titolibio por el mas adornado, por estar con planchas de oro forrado, se ha dicho tanto por sus autores los del Occidente, causa admiracion y les parece hipérbole encarecida á los que lo leen, como causó espanto y mucho mas alegría á los que lo palparon. En el Perú fué mayor la riqueza de los templos: el de Tacunga, adelante de Quito, tenia planchas de oro con que estaba forrado, y en ellas muchas figuras de ovejas, corderos y otros animales embutidos; y otro que estaba pasada la provincia del Pasto, de que se ven las ruinas, y de las planchas de oro las señales; mucho mas preciosas las planchas de los templos que las láminas del templo de Júpiter, que dice Tito; porque aquellas eran hojas delgadas que pesaban diez castellanos; en las portadas tenían figuras de plata y oro, y para el servicio del templo tinajas de oro de diversas hechuras.

42. Fué muy notable el de Pachacama, por ser

el mas antiguo y adonde venian á romería de mas de trescientas leguas: éste, fuera del adorno de planchas, vasos riquísimos y figuras, tenia unas cuevas debajo de tierra, donde se guardaban las preseas que ofrecian; y por la fama de esta riqueza envió D. Francisco Pizarro á su hermano Hernando Pizarro, que sacó mas de cuatrocientas cargas de oro y plata, con ser que los principales saquearon mucha cantidad porque no se la llevasen los españoles.

43. El de Tomebamba, donde se ven piedras y columnas disformes con las paredes cubiertas de oro, figuras, vasos y tinajas. El de Bilcas, donde estaba la figura del sol y los asientos de los reyes, que era una piedra de once piés de largo y siete de ancho; cubierta de oro y piedras preciosas, para cuya guarda habia cuarenta porteros, y para el servicio del templo y los palacios, cuarenta mil personas.

44. El templo de Tambo en el valle de Yucay, donde por lo ameno y fresco del valle y lo apacible del cielo, asistian lo mas del año los reyes, cuatro leguas del Cuzco, donde estaban mas espantables piedras de veinte piés de largo y doce de ancho, que en lugar de betun ó mezcla, tenia oro derretido, fué de los de mucha fama y riqueza por la asistencia de los reyes, y lo manifiestan los rastros de sus paredes.

45. El templo real de la ciudad del Cuzco, ca-

beza de aquel reino, que tanto ennoblecieron los yugas, hecho de su mismo palacio, de donde estando preso Atabaliba, porque le concediesen la vida llenó de sus tesoros una sala que tenia veinticinco piés de largo y quince de ancho, quedando el monton mas alto que un estado, mandó que se hiciera en la plaza un cercado que llenó de tinajas, cántaros y vasos; que todo lo llevaron de aquel. A no ser esta verdad tan repetida de los autores y de tantos testigos verificada, pareciera de la imaginacion fingida ó de la fantasía soñada: de lo que se experimenta en lo presente, se puede dar crédito á lo pasado; porque si en ciento cincuenta años sabemos la suma grande de oro y plata que ha dado aquel reino, en quinientos años lo que se recogeria de tesoro, entónces todo se quedaba dentro y ahora sale para fuera; de todo eran señores los propios, y ahora son dueños los extranjeros, y de la plata y oro de estos reinos ha enriquecido todo el mundo.